

# Cuadernos del Sur

---



Número 13 ■ Diciembre de 1991

Tierra del fuego

## **ELECCIONES '91: ¿LEGITIMACION DEL AJUSTE ESTRUCTURAL O SOLO MAYORIAS DESESPERANZADAS?**

En los últimos doce meses tres países de América Latina —Brasil, México, Argentina han atravesado procesos electorales de renovación de mandatos parlamentarios, elecciones de gobernadores y de dirigentes comunales. Como en tantos otros países de la región, que desde hace una década y media se ven fuertemente sacudidos por las consecuencias del ajuste estructural, las elecciones concluyeron convirtiéndose en una suerte de ejercicio plebiscitario respecto de las políticas económicas en curso.

En México el desgaste del oficialismo histórico, el Partido Revolucionario Institucional (PRI), que se mostró en toda su dimensión en las elecciones de 1988, cuando sólo pudo retener el gobierno recurriendo a un fraude de proporciones nunca bien calculadas, se ha ahora relegitimado (no sin nuevas acusaciones de fraude), renovando su mayoría parlamentaria con el 60% de los votos emitidos y relegando al Partido de la Revolución Democrática (PRD), que tres años antes le disputara la mayoría, a una magra participación del 8%, dejando como lastre un 14% de votos para la derecha recalcitrante.

En Brasil el Partido de los Trabajadores (PT), fracasó al quebrarse la dinámica de polarización con las clases dominantes, como bien lo explicó Juárez Guimaraez en su artículo publicado en el Nº 12 de esta revista, quedando para las fuerzas políticas conservadoras una importante victoria electoral, cuando sólo un año antes el Frente Brasil Popular, articulado en torno al PT y la candidatura de Lula, había disputado la titularidad del Estado.

En Argentina, los resultados del reciente 8 de septiembre volvieron a ratificar la tendencia histórica del voto a los partidos tradicionales, aunque también marcaron la continuidad de la tendencia al quiebre de la polarización, ya que salvo en algunas provincias, los porcentajes agregados de los votos al Partido Justicialista (PJ) y a la Unión Cívica Radical (URC) son inferiores a los de las dos últimas elecciones. (Si en 1983 fue casi el 92%, en 1987 el 79%, ahora es sólo un poco superior al 65%).

Tres países con rasgos propios, con formaciones sociales diferenciadas, y con una distinta inserción internacional, sin embargo los tres están sometidos a las tendencias de la reestructuración capitalista mundial y al ajuste que éstas implican. Más allá de las diferencias, ¿hasta dónde el rumbo económico común impuesto por el mercado mundial y la lógica del gran capital han sido determinantes en los resultados electorales? ¿Constituyen éstos una legitimación por consenso de las políticas de ajuste? La estabilidad alcanzada precariamente aún con fuertes costos sociales, condena a la marginalidad a las alternativas que proponen cambios radicales?

1. En Argentina el dato emergente de este acto electoral no es sólo que la expresión política se ha corrido fuertemente a la derecha, sino y sobre todo, que el país resultante es mucho más homogéneo y compacto en cuanto a seguir el rumbo propuesto y al afianzamiento del modelo de acumulación y reproducción de capitales en curso. Así al menos pareciera expresarse en la nueva coalición social, producto del desplazamiento de los votos de la derecha liberal, que se muestra como apoyatura del gobierno peronista, pero que también se expresan en buena parte de la oposición radical.

La crisis hegemónica, entendida como la ausencia de un liderazgo burgués capaz de llevar adelante ciertas reformas y compromisos previamente acordados, pareciera, al menos en el corto plazo, haber sido resuelta, vía una reconstitución del esquema de poder. La burguesía argentina, como clase, a través de sus fracciones dominantes, ha logrado un importante grado de uniformidad y consolidación del poder político, correlato sin duda de la concentración del poder económico, que tendrá su prueba de fuego en el próximo período, donde se comprobará si es capaz de neutralizar las disputas interburguesas por la apropiación de la riqueza social producida por otros, en el marco de un capitalismo desorganizado donde el Estado, día a día, pierde capacidad de regulación de los conflictos.

Más aún cuando la continuidad del modelo requiere como condición ineludible acelerar el ajuste, profundizando la ofensiva general que el Capital y el Estado despliegan contra el Trabajo, reduciendo el piso material de las

condiciones de existencia de las masas obreras y populares, desmantelando las conquistas sociales, acentuando el cambio en la relación de fuerzas entre las clases antagónicas.

2. El apoyo de los Estados Unidos al Plan de Convertibilidad y al Gobierno tiene que ver con esta lectura, pero también con el reconocimiento de la debilidad intrínseca del sistema de partidos, por eso exige como contrapartida un acuerdo general con la oposición capaz de diseñar un tejido protector que diluya las resistencias que inevitablemente generará la profundización del ajuste.

Es que contradictoriamente, los resultados que arrojaron las urnas no han hecho más que desnudar la crisis de las estructuras partidarias. Estas ya no parecieran resultar aptas para cumplir su rol de mediadores entre la sociedad civil y el Estado, imposibilitadas para contener las demandas de una sociedad sometida a profundos cambios.

Si el *alfonsinismo* resultó pródigo en esfuerzos por articular un sistema de partidos que convocara a la participación, canalizando las demandas hacia las instituciones del sistema, el *menemismo* (único peronismo posible en esta etapa) es exactamente lo contrario, se apoya en la apatía y en la anomia social que surge de la homogeneidad de la pobreza, de las angustias existenciales que ésta provoca y de la falta de perspectivas que sienten las capas medias, de la pérdida de las viejas identidades obreras, de la ruptura del tejido de solidaridades que provocan la crisis y la recesión continuada y persistente.

En este modelo el voto a los partidos, sus programas y sus métodos, carece de sentido. El rumbo económico general, la reestructuración capitalista, la transferencia de bienes públicos al sector privado, la inserción en el sistema de naciones, no se discute, se vuelve al caudillismo de vieja data pero ahora modernizado en la búsqueda de "buenos administradores". El pragmatismo y la individualidad se han adueñado así del centro de la escena política nacional.

3. Estos determinantes del comportamiento social han sido usufructuados por el Gobierno nacional por medio de un sistema político que, como en casi todos los países de la región, presenta una doble condición, por un lado es formalmente pluralista y competitivo, en tanto que por el otro se muestra fuertemente condicionado y manipulado por el aparato estatal.

Así las campañas electorales abandonan cada vez más las viejas formas de la política, la modernidad impone la preeminencia de las imágenes sobre las palabras, el uso de los medios electrónicos sobre las concentraciones, los programas y las ideas. Frente a la carencia de liderazgos aparecen nuevos

estilos políticos que surgen de las viejas estructuras partidarias pero que rompen con la cultura y las tradiciones políticas.

El condicionamiento estatal y la manipulación del electorado son ya parte inseparable de la lógica que preside el sistema. Si en épocas de la hegemonía alfonsinista se utilizó hasta el cansancio la falacia argumental que explicaba las dificultades de la “transición” política por la complejidad de la situación económica; en tanto que la demora en remontar la crisis económica era explicada por las dificultades de la dinámica política de la transición, el menemismo utilizó ahora esta misma lógica, pero en un sentido inverso y positivo: la favorable evolución de la economía en los últimos dos meses previos a las elecciones recuperaba las posibilidades electorales, en tanto que estas ayudaban a consolidar el programa económico.

En este contexto ¿hasta dónde puede resultar extraño que la marcha de la economía haya influído más aún que ningún otro dato, relegando a un segundo plano la imagen del Presidente y su Gobierno, los viajes, los escándalos, la corrupción...?

Los resultados electorales tienen un componente centralmente económico, forjado en las inseguridades que da la falta de horizonte y la ausencia de un proyecto de futuro que no resulte un agravamiento y profundización del presente. La estabilidad opera así como un flotante salvador que alberga también esperanzas de cambio.

¿Cómo explicar sino el voto obrero, objetivamente en contra de sus conquistas históricas, cuando el gobierno explicó hasta el cansancio el contenido de las modificaciones a la legislación laboral y la nueva Ley de Empleo, orientada a colocar el ajuste en el interior de las plantas fabriles, dejando el trabajo librado al libre juego de las fuerzas del mercado?

¿Constituye esta realidad una legitimación del ajuste estructural en curso o sólo resulta la expresión política de mayorías desesperanzadas, de individualidades agregadas, sin esperanzas ni proyectos?

La clase obrera, los sectores populares no encontraron alternativas, ni en la “oposición” burguesa, demasiado comprometida con el modelo y que además ha dado muestras de su incapacidad para hacer frente a la crisis; ni en la izquierda. Ni en la izquierda amplia, que prisionera de su labilidad ideológica recurrió a alianzas sin principios mostrando una feroz apetencia por los puestos públicos, ni en la izquierda marxista que una vez más hizo gala de su sectarismo, de su incapacidad para leer la realidad, de su falta de convicción para acordar un programa mínimo capaz de canalizar las ansias de cambio de la gente.

4. Inevitablemente el resultado de las urnas acelerará una recomposición del sistema de partidos, al interior de éstos, y de las relaciones entre éstos y el Estado, al mismo tiempo que impacta en los extremos del arco ideológico.

La derecha autoritaria vió reforzada su presencia, ya anunciada en anteriores elecciones en el interior del país, con un 10% de los sufragios recogidos en la provincia de Buenos Aires. Resultado de un modelo económico que no contempla la satisfacción de mínimas demandas sociales, que siembra inseguridad y temores, y que año a año arroja a la marginalidad social a miles de jóvenes que no logran establecer relaciones estables en el mercado de trabajo.

En este contexto el voto al MODIN (Movimiento por la Dignidad Nacional) constituye un embrionario brote fascista, siendo la expresión tanto de franjas sumergidas por la crisis como de sectores de obreros y de capas medias empobrecidas. Estos buscan la solución de sus problemas por medio de una delegación paternalista-autoritaria, pero encarnan también la voz de la protesta (buena parte de la cual se manifestó antes por la Izquierda Unida) y expresa también la esperanza de "cambiar las cosas".

La izquierda ha sido fuertemente golpeada en estas elecciones. Tomada en conjunto su participación está por debajo de los resultados obtenidos en los años 1985 y 1987.

La izquierda amplia, Unidad Socialista y núcleos menores amontonados por la crisis, mantuvieron los niveles anteriores pero sólo mostraron cierto dinamismo en el epicentro político del país, sin poder superar los límites geográficos de la Capital Federal donde la pequeña burguesía progresista tiene una presencia histórica y expresa una suerte de intelectualidad sin sujeto, que no muestra ambiciones de cambios profundos pero sí una fuerte vocación democrática y por la defensa de los espacios públicos. Lo que se muestra en un crecimiento del 37% de los votos en este distrito (buena parte de ellos provenientes del radicalismo y de la IU), y la obtención de un diputado nacional por la Capital Federal. La izquierda orgánica realmente existente, Partido Comunista, el Movimiento al Socialismo, y el Partido Obrero, resultó arrastrada por la crisis interna que carcome a su fracción más dinámica (el MAS) y se mostró incapaz de ocupar el espacio que la crisis le abrió, e importante para forjar una alternativa común y asumir la responsabilidad histórica de ofrecerse como eje articulador de ~~una~~ línea defensiva para hacer frente a la feroz ofensiva del Capital y el Estado. Su participación no sólo no generó ninguna expectativa sino que mostró cómo dilapidó buena parte de lo que trabajosamente acumulara desde 1983. (Votos a diputados por Prov. de Bs. As., 3,7%, frente a 2,2 en 1983, y 5,1 en 1989.)

No puede obviarse el impacto que la crisis del Este y particularmente el colapso del Estado Soviético, así como la identificación estalinismo/socialismo, descarga sobre las propuestas anticapitalistas y socialistas. Es posible también que la falta de unidad haya favorecido la ofensiva menemista, o que la ausencia de una clara alternativa por parte de la izquierda orgánica haya diluido una presencia autónoma de la izquierda argentina frente a los grandes partidos del sistema. Sin embargo esta lectura puede resultar insuficiente.

Las alianzas y acuerdos que en distintos momentos se alcanzaron no soportaron la confrontación con la realidad, y una y otra vez las distintas variantes de la izquierda sólo alcanzaron a superarse asimismas.

Es que la unidad no puede sostenerse en una simple cuestión aritmética, por el contrario cada vez más, y acicateada por la crisis, la unidad tiene que ver con la capacidad colectiva para pensar esta realidad contradictoria y compleja. No sólo con sostener ideas y propuestas generales, sino en acompañar éstas con respuestas concretas para las demandas sociales que no encuentran solución en el marco de la crisis.

Estas elecciones marcaron el cierre de un período y la lógica apertura de otro y en él la izquierda deberá enfrentar un duro y trabajoso proceso de recomposición social y política en un escenario que le presentará nuevos y serios desafíos.

Mientras tanto, sólo ese formidable laboratorio de experiencias que es la lucha de clases dirá si las elecciones de septiembre legitiman realmente las políticas en curso o son la expresión de la desesperanza colectiva. Pero la resistencia al ajuste encarrará una vez más en el mundo obrero, en los trabajadores manuales e intelectuales, en los hombres y mujeres que día a día, en esta tierra, son sometidos a la explotación del capital.

E.L.  
Buenos Aires 14/9/91